

ESTACION PENITENCIAL DIOCESANA CON MOTIVO DEL V CENTENARIO DEL NACIMIENTO DE SANTA TERESA DE JESUS

Convento de San José - Parroquia de San Pedro Apóstol, 21 de febrero de 2015

Señor, «lava del todo mi delito, limpia mi pecado» (Sal 50,4). Os he convocado, queridos cristianos de Ávila, para elevar juntos esta súplica al Señor, que *no desprecia un corazón quebrantado y humillado* (cf. Sal 50, 19), que sale en *busca de la oveja perdida y cuando la encuentra, la carga sobre sus hombros, muy contento* (cf. Lc 15,4-5). Lo he hecho porque la celebración del V Centenario del nacimiento de santa Teresa de Jesús es ante todo, gracias a la generosidad del Papa Francisco, un año jubilar: un tiempo de misericordia en el que pedimos perdón, nos sabemos perdonados por Dios y reafirmamos nuestro propósito de perdonar a quienes nos ofenden, como Jesús nos enseñaría en el Evangelio.

Cada año, la Cuaresma nos recuerda que somos pecadores, que necesitamos convertirnos y que en la cruz de Cristo podemos alcanzar la reconciliación con el Padre, con los hermanos y con nosotros mismos. Quizás no siempre caemos en la cuenta de que nuestros pecados nos hacen corresponsables de la falta de fe de otros hermanos. En efecto, el rechazo a la Buena Noticia de la salvación no se debe tan solo a la libertad de cada ser humano, que puede pronunciarse a favor o en contra de Cristo; ni al contexto cultural en el que vivimos, que quiere hacernos prescindir de Dios para que nos sometamos a las imposiciones esclavizantes de la sociedad. Hay también quienes no creen en el Evangelio porque se escandalizan a causa de las incoherencias de los hijos de la Iglesia, y porque, incluso si nuestras culpas quedan escondidas a los ojos de los hombres, fortalecen en el mundo la dinámica del mal, que nos aleja, a nosotros y a quienes nos rodean, del esplendor gozoso de la Luz. Por eso, en estos tiempos de misión, en que los cristianos somos invitados a presentar con renovada audacia la alegría de la fe a quienes no la conocen, confesamos nuestros pecados y pedimos humildemente perdón.

Una persona comete pecado cuando se considera el centro del mundo, cuando se mueve por egoísmo y no por amor, cuando se deja arrastrar por el deseo de poder, por el afán de placer o la seducción de las riquezas. Pecado es, en definitiva, aceptar la mentira del Maligno que nos hace considerarnos a nosotros mismos como dioses, despreciando al único Dios, que quiere nuestra alegría, nos invita a vivir en el amor y nos ofrece el gozo de la resurrección. El pecado conlleva una honda amargura, permanente insatisfacción, dispersión interior y un secreto desprecio hacia nosotros mismos. El pecado nos aísla de los demás, nos convierte en prisioneros de nuestros deseos y nos conduce a un sufrimiento mortal.

La Escritura compara el pecado con las tinieblas, con aquella oscuridad que infunde miedo, nos impide reconocer al prójimo y nos aboca al desamparo. Rezar, por el contrario, es acercarse a la luz de Dios, dejar que su esplendor llene con su claridad nuestras vidas. Ese fulgor permite descubrir, por contraste, la verdad del pecado, su mentira y suciedad. Por eso los santos, especialmente los maestros de oración, han tenido una conciencia delicada de sus culpas. Santa Teresa afirma que «el dolor de los pecados crece más mientras más se recibe de nuestro Dios» (6M 7,1). Por la experiencia de la Santa, descubrimos que el pecado no se vence solo desde el empeño ético en ser cada vez mejores. Es necesaria, ante todo, la oración, que nos saca de nosotros mismos, nos descentra y nos hace vivir *coram Deo*, ante el único Dios que con su amor, llevado hasta el extremo en la entrega de su Hijo, llena nuestra vida de alegría.

Pero, ¿cuáles son los pecados que más afectan al anuncio del Evangelio? ¿De qué realidades concretas los miembros de la Iglesia diocesana pedimos hoy perdón? No se han

dado entre nosotros los graves escándalos que conocemos en otros lugares. Quiera el Señor seguir preservándonos de ellos. Por mi parte, me comprometo a seguir haciendo cuanto esté en mi mano para que nuestras instituciones eclesíásticas sean verdaderos hogares donde todas las personas, sobre todo las más vulnerables, sean acogidas, amadas y respetadas. No podemos eludir nuestra responsabilidad. Los católicos de Ávila -con palabras de San Juan Pablo II- asumimos que «por el vínculo que nos une a unos y otros en el Cuerpo místico [que es la Iglesia], y aun sin tener responsabilidad personal ni eludir el juicio de Dios..., somos portadores del peso de los errores y de las culpas de quienes nos han precedido» (*Incarnationis mysterium*, 11).

En ocasiones, los cristianos en nuestra Diócesis hemos faltado al amor, entregándonos a disputas vacías. No siempre hemos acogido con obediencia, disponibilidad y afecto el Magisterio del Papa o de los Obispos. Nos hemos dado a la murmuración y a la crítica. Hemos preferido construir un cristianismo “a nuestra medida”, recelando de cualquier modelo de vida cristiana, excepto del nuestro propio. Nos ha faltado ardor para proponer sin complejos el Evangelio a los más alejados. Frecuentemente nos domina el desánimo, el pesimismo o la desesperanza. Llegamos a pensar que cualquier tiempo pasado fue mejor (cf. Eclo 7,10). Nos refugiamos en el inmovilismo con la excusa de que “siempre se ha hecho así”, cuando nos da miedo aceptar los nuevos caminos del Espíritu. Descuidamos que Cristo sea el centro de nuestra vida, quedándonos en aspectos secundarios de su Persona, y rebajándolo a simple maestro o profeta. Nos resistimos a ser «una Iglesia pobre y para los pobres», sin desprendemos de nuestras seguridades materiales. No acertamos a mostrar el rostro misericordioso del Padre ante quienes viven situaciones moralmente complejas. Tendemos al populismo, a caer bien a los demás, olvidando la bienaventuranza de los perseguidos y calumniados (cf. Mt 5,11-12).

En ocasiones los consagrados estamos demasiado pendientes del dinero, somos ambiciosos, sin que nuestro corazón pertenezca por entero al Señor y por eso buscamos el consuelo de las personas. No sentimos como propios los sufrimientos de los hermanos que son asesinados y marginados en otros países por su fe. Descuidamos el espíritu crítico, y nos amoldamos con facilidad al hedonismo de este mundo que pasa. No valoramos suficientemente la vocación sacerdotal y religiosa, y nos da miedo proponerla a nuestros jóvenes. Celebramos los Sacramentos de forma rutinaria. No acertamos con la preparación necesaria para acceder al sacramento de la Confirmación o del Matrimonio. Hemos dejado que el relativismo también nos afecte a quienes creemos en la Verdad, que es Cristo. La oración personal, prolongada y silenciosa, es descuidada. Por todo ello, y por cuanto anida en nuestro corazón, pedimos públicamente perdón, y con santa Teresa decimos: «Mirad, Dios mío, mis deseos y las lágrimas con que esto os suplico y olvidad mis obras» (CV 3,9).

¿De dónde nace el amor a la verdad para reconocer nuestras faltas, nuestras debilidades? La Iglesia tiene algo fundamental a diferencia de otras instituciones de este mundo. Creemos que «Dios es amor» (1Jn 4,8), que «es clemente y misericordioso, lento a la cólera y rico en piedad» (Sal 144, 8). Por esa convicción, santa Teresa suplica que «de mis culpas no quite nada, pues se ve más aquí la magnificencia de Dios» (V 5,11). Nuestras faltas nos pesan y nos duelen, pero no dudamos de la misericordia del Señor. Es también santa Teresa quien exclama: «Ni me acuerdo del purgatorio, ni de los grandes pecados que he hecho, por donde merecía el infierno. Todo se me olvidaba con aquella ansia de ver a Dios» (V 20,13).

El mensaje central del cristianismo consiste en que «todo procede de Dios, que nos reconcilia consigo por medio de Cristo y que nos encargó el ministerio de la reconciliación. Porque Dios mismo estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo, sin pedirles cuenta de sus pecados» (2Cor 5,18-19a). Esto es lo que han repetido las lecturas que hemos proclamado. Siempre es tiempo oportuno para convertirnos y creer la Buena Noticia (cf. Mc 1,15). Aunque

nuestra corrupción haya podido llegar a los extremos que alcanzo Nínive, a donde fue enviado el profeta Jonás, nosotros podemos abandonar nuestros vicios (cf. Jon 3,10). De hecho, «hay más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta que por noventa y nueve justos que no necesitan convertirse» (Lc 15,7). Nuestros pecados nos alejan de Dios, nos condenan. Pero «donde abundo el pecado, sobreabundo la gracia» (Rm 5,20). Participemos de la alegría que brota en el cielo, cuando un solo pecador se convierte.

La capacidad de Dios de perdonarnos es más grande que nuestra posibilidad de traicionarle. El perdón, a Cristo le cuesta la vida. Pero su resurrección de entre los muertos es la prueba más elocuente de que la vida, el amor y el perdón tienen la última palabra, definitiva, sobre la muerte, el odio y el pecado. Con el apóstol san Pablo, confesamos que «lo mismo que reino el pecado a través de la muerte, así también reinará la gracia por la justicia para la vida eterna» (Rm 5,21). Al tiempo que confesamos nuestras culpas, renovamos nuestra confianza en la misericordia de Dios, y decimos con santa Teresa: «Mas mirad, Señor, que ya sois Dios de misericordia; habedla de esta pecadorcilla, gusanillo que así se os atreve. Mirad, Dios mío, mis deseos y las lágrimas con que esto os suplico y olvidad mis obras» (CV 3,9).

Queridos hermanos, en circunstancias ordinarias, aquí terminaría esta homilía. Sin embargo, habiendo escuchado la primera lectura, recordamos que la ciudad de Nínive, mencionada en la profecía de Jonás, fue la antigua capital del imperio de Asiria, y se encuentra a corta distancia de la actual Mosul, al norte de Irak, junto al río Éufrates. Nos unimos en nuestra oración y sentimiento a la trágica situación que está teniendo lugar allí en estos momentos, debida a las atrocidades perpetradas por los terroristas del autodenominado “Estado Islámico”, con la destrucción de los lugares religiosos, incluida la tumba del profeta Jonás. Los cristianos están siendo cruelmente exterminados por personas violentas sin escrúpulos. Su sangre se une a los de otros grupos religiosos, yazidíes, judíos o musulmanes moderados. Nos unimos al dolor de tantos hermanos que mueren injustamente. Damos gracias a Dios por su perseverancia en la fe, aún a costa de su sangre. Recemos por ellos y ayudémosles con nuestra limosna. Elevemos nuestra voz, en el nombre del Altísimo, para que los asesinos abandonen las armas. Pues Dios Padre, de misericordia entrañable para quien, con un corazón arrepentido, se vuelve a Él, también es Juez justo que nos pedirá cuentas en el Último día de la sangre inocente derramada.

Queridos hermanos, que esta celebración penitencial extraordinaria sea un tiempo singular de reconciliación con Dios y con nuestros hermanos, y también de gozo por el perdón, en este V Centenario del nacimiento de santa Teresa de Jesús.